

bes pregonaban que el león había ido á merodear en la tribu. Sin duda, al verse descubierto se alejó, porque no tardé en oír sus rugidos sobre otra montaña hacia el noroeste.

Pasé el resto de la noche apostado, pero sin resultado.

Al día siguiente, cuando regresé al aduar, los árabes me notificaron lo que yo ya sabía; esto es, que el león había rodado por aquellos sitios durante la noche. Me suplicaron que permaneciese tres ó cuatro días con ellos, seguro, decían, de que tendría ocasión de matar á la fiera. Cedió á tales ruegos.»

Chassaing buscó ocasiones propicias para cazar el león, pero en balde, y resolvió regresar á Batna.

Pero, aunque menudean las escenas en que los cazadores de leones pasaron noches en vela sin resultado, en cambio abundan las narraciones de expediciones coronadas por el éxito.

El mismo león que rodaba por el Aurés fué cazado, algún tiempo después, por Chassaing.

Los árabes, víctimas de nuevas algaradas de la fiera, que había estrangulado á uno de los mejores bueyes de los rebaños de la tribu, acudieron á Chassaing, que partió con ellos.

El cazador, siempre solo, se dirigió hacia uno de los pliegues que al sudoeste forma la montaña del Aurés; y allí, escondido entre ramajes de verdes encinas, aguardó á la fiera.

De repente sonó, allá á lo lejos, una voz estruendosa hacia el lado sudoeste, poblado de espesísimo bosque. Á las ocho, poco más ó menos, el cazador oyó el ruido de los pasos de la fiera y su fuerte resoplido.

El cuerpo muerto del buey yacía en el suelo á pocos pasos de Chassaing, ofreciendo apetitoso cebo al señor de las selvas.

El león avanzó, arrastrándose y conteniendo el aliento; paróse al llegar á unos tres ó cuatro pasos de su presa, y volvió la cabeza como para reconocer el campo.

Chassaing no osó disparar, acaso porque la fiera ofrecía poco blanco. Al cabo de algunos instantes el león se puso junto á la víctima, rozando su enorme cabeza y sus luengas melanas por el vientre del buey.

Por fin, la fiera ofreció buen blanco, descubriendo su espaldilla izquierda, y el cazador hizo fuego.

Herido el león, dió un enorme salto por encima del cuerpo del buey, y desapareció en la espesura, lanzando lastimeros y fuertes quejidos.

Algunos minutos más tarde, el ruido de fuertes sacudidas, y los lúgubres estertores del león, anunciaron á Chassaing que la fiera agonizaba.

Al cabo de un instante cesaron los rugidos y sólo se oían los agudos chillidos de los chacaes.

Al amanecer, los árabes, que habían oído el disparo, corrieron presurosos al encuentro de Chassaing.

—¿Has muerto al fin á este *yudi* (judío) que diezmaba nuestros rebaños?—preguntaron.

Y otro árabe, que llegaba en aquel momento, exclamó:

—¡Hélo aquí! ¡hélo aquí!

Y no tardaron en hallar á unos veinticinco ó treinta pasos el cadáver del león. Su muerte había sido casi instantánea.

Como es fácil suponer, Chassaing fué aclamado y festejado por la tribu, y regresó á Batna, llevando, guisa de trofeo, la piel del león.

IV

Bombonel refiere la siguiente escena de caza ⁽¹⁾.

«En el mes de Febrero de 1863, Chassaing y yo perseguíamos con gran empeño, en las montañas del Aurés, á cinco leones: dos de ellos viejos, una leona y dos cachorros.

Era la época del celo de aquellas alimañas, y nuestras pesquisas habían sido vanas, á pesar de haber caminado sin tregua ni descanso por entre riscos y cimas, á despecho de la lluvia, del frío y del viento.

El día 4 de Marzo, á las siete de la mañana, tras una noche pasada entre la nieve, penetré en nuestra tienda para tomar café y calentarme.

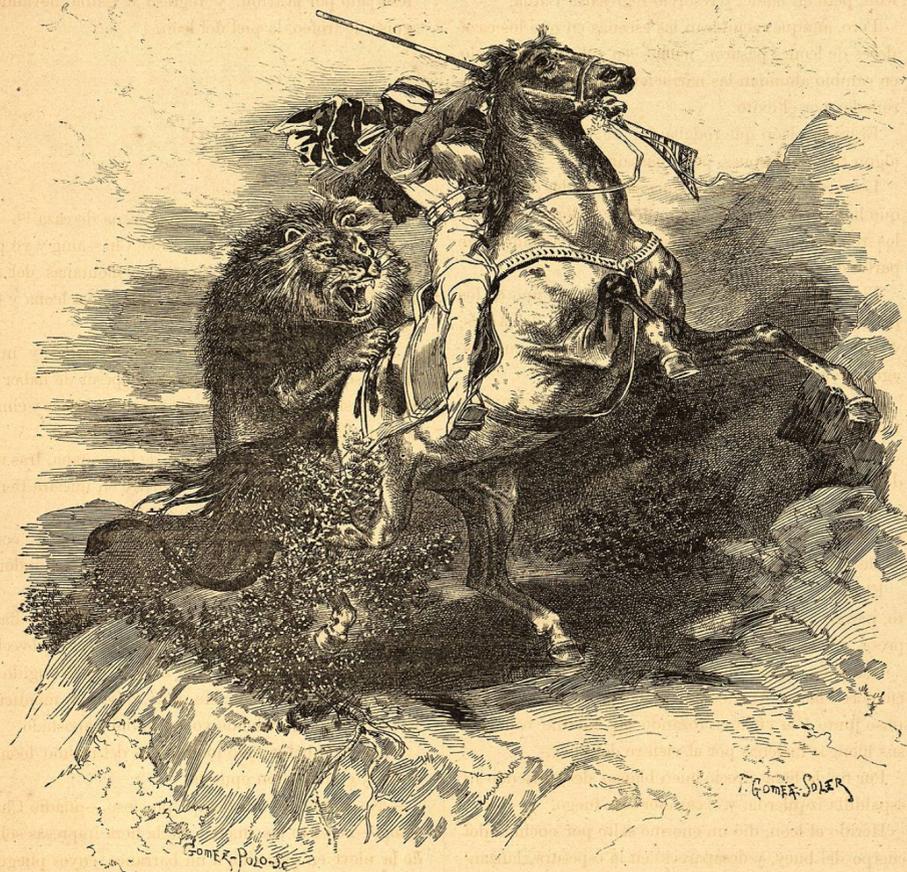
Chassaing llegó pocos momentos después, y, como es natural, dimos suelta á la lengua, comunicándonos el resultado de nuestra expedición nocturna.

Un cachorro se había acercado cautelosamente hasta unos cincuenta pasos del cabrito que me servía de cebo. Á las cuatro de la madrugada había oído el rugido de un león adulto, lanzado, sin duda, desde un montículo fronterizo al lugar donde yo me hallaba apostado.

Chassaing había oído los rugidos del mismo león, y de otro, en dirección opuesta.

—No perdamos un tiempo precioso,—añadió Chassaing,—he visto las huellas de la fiera impresas sobre de la nieve en dirección á un barranco, cuyos pliegues y escondrijos conozco á maravilla. Tengo ya concertado el plan de ataque, y abrigo la seguridad de que

(1) *Les chasses, écrites par lui-même.*



La venganza del león herido

esta noche podremos disparar contra los leones. En marcha, pues.

Plegar la tienda, cargar los mulos y ensillar los caballos, fué obra de un instante; y, á pesar de la lluvia que empezaba á caer, nos pusimos en marcha.

Tras cuatro horas de camino, nos detuvimos al llegar á un gran valle, cortado por barrancos tapizados de bosque y verdura.

Chassaing me dijo:

—Por aquí vagan los leones. Colocaos en el fondo de este barranco, mientras que yo me dirijo á apostarme al otro extremo en el punto en que desemboca en la llanura, ó sea cerca de dos leguas. Levantaremos la tienda en un punto intermedio. Si las fieras no se ponen al alcance de vuestro fusil,—añadió Chassaing,—es que abandonan la montaña para dirigirse hacia alguno de los aduares de la llanura; y, en tal caso, es indudable que pasará cerca de mí. Creo, sin embargo, que vuestro sitio es mejor, y que seréis vos el que dispararéis primero.

Serían las cinco de la tarde cuando me instalé oculto entre tupidos matorrales. El cebo (un cervatillo) estaba sólidamente atado á un poste, á una distancia de seis metros de mi escondrijo.

Había cesado la lluvia; pero el cielo, cubierto de espesas nubes y la neblina, auguraban una noche sombría y tempestuosa.

Á las seis oí, no muy lejos, los primeros rugidos de los leones, que despertaban.

Mi corazón latió alborozado, pensando que quizá llegarían antes del anochecer.

Examiné las armas: mi fusil hallábase sostenido por dos pequeñas ramas, y apuntando en dirección al cebo. El cuchillo de caza, clavado en el suelo, y unas pistolas de arzón, se hallaban al alcance de mi mano.

Los rugidos de los leones, cada vez más fuertes y vibrantes, resonaban por intervalos de tres á cinco minutos.

Entre siete y ocho, se oyeron estruendosos rugidos, notas formidables repercutidas por los ecos de los barrancos, y que semejaban los ruidos del trueno.

Jamás había asistido á un concierto tan magnífico; después todo enmudeció, y á un estrépito infernal sucedió la quietud y silencio de la muerte.

Eran las ocho; y durante más de media hora mis miradas sondearon en vano las tinieblas; en balde anhelé percibir un sonido, un soplo á mi alrededor.

Hubo instante en que la imaginación me atormentó con el recuerdo de mi mala estrella desde el comienzo de esta campaña; de mis caminatas é inútiles fatigas y

desasosiegos; de más de cincuenta noches de acecho sin resultado; y llegué á creer que, sin duda, San Huberto me sujetaba á una nueva decepción.

Un ruido sordo y potente me arrancó de repente de mi ensimismamiento. Mi caballo acababa de ser derribado, y sus piernas se movían con furor. La oscuridad era tan profunda que sólo pude descubrir una masa negra y confusa.

No podía dudar que, si era un león el que había atropellado á mi cabalgadura, no tardaría en revelar su presencia; y deteniendo el aliento, y con el fusil apoyado en el hombro y la mano en el gatillo, me preparé.

De repente vi una masa negra, junto á mi caballo, que tomó la forma de un león.

La fiera fué acercándose y colocóse á corta distancia y de lado, ofreciendo un magnífico blanco. No podía desperdiciar momento tan propicio; y, apretando el gatillo, hice fuego.

El león cayó, lanzando terribles rugidos; cesaron éstos y sólo oí su respiración fatigosa. Juzgué que ya nada tenía que temer de un animal que agonizaba; y me disponía á retirar el usado cartucho para reemplazarlo por otro, cuando la fiera, arrastrándose con el auxilio de sus patas delanteras, se dejó caer aplomada sobre el matorral; con tal estrépito y ruido que tronchó el ramaje, y pareció como que temblaba el suelo.

La alimaña cayó tan cerca de mí, y era tan estrecho el sitio que había entre el león y el matorral, que no pude hacer uso del fusil y tuve que empuñar la pistola.

Era tan lóbrega y oscura la noche, que apenas divisaba el extremo del cañón de la pistola. Tendí el brazo en dirección á la masa informe que ofrecía el animal; pero algunos gruesos perdigones que junto á la bala había en el cartucho del fusil habían, sin duda, atravesado los pulmones de la fiera, porque ésta, á cada nuevo rugido, arrojaba sangre sobre mí y á mi alrededor. Tenía todo el vestido manchado.

Semejante situación duraba hacía algunos minutos, cuando vi á un metro de distancia á otro gran león que miraba con inquietud hacia todos lados.

Di algunos pasos, y me preparé para la lucha.

Mi posición era crítica; coloqué cuidadosamente la pistola sobre las rodillas, y, apoyando á mi hombro la culata del Lefauchaux, disparé.

La fiera dió un salto de algunos metros, y cayó sin haber lanzado un solo rugido.

El primer león, al oír el ruido de la detonación, se levantó; y, gimoteando y trabajosamente, se alejó. Apenas hube disparado, empuñé la pistola para hacer un reconocimiento.



Un magnífico tiro doble de Bombonel

El segundo león yacía inmóvil en el suelo, á unos ocho metros de distancia de donde yo me hallaba. El primero se había parado á unos cincuenta metros y continuaba lanzando dolorosos gemidos.

Volví á cargar el fusil, y con el dedo consulté las agujas del reloj. Eran las nueve.

Al cabo de un instante oí el ruido que arrastrándose

hacía el primer león, que desapareció entre el follaje y las malezas, muriendo á unos cuatrocientos metros del sitio en que yo me hallaba.

Mi pobre caballo, estrangulado, había caído muerto en la bifurcación de dos senderos, punto dispuesto á maravilla para servir de cebo y atraer á la leona y á los cachorros, y proporcionarme un nuevo golpe doble.